

LA HISTORIA DE CUBA VISTA DESDE ESPAÑA:  
ESTUDIOS SOBRE “POLÍTICA”,  
“RAZA” Y “SOCIEDAD”

POR

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA  
Universidad Complutense

---

*Los estudios sobre historia de Cuba en el siglo XIX han aumentado mucho a lo largo de la última década en España, especialmente en historia económica y —algo menos— social. Sus perspectivas y enfoques, sus objetos de estudio, han ido en este tiempo evolucionando y ampliándose hasta ofrecer un panorama abierto y de gran variedad.*

*En este ensayo de crítica historiográfica, la autora escoge algunos de los títulos y novedades más interesantes para dar cuenta de nuevas direcciones en la investigación. Se valoran las últimas tendencias recibidas y se sugiere su inserción en la historiografía española en curso, tratando al tiempo de situar aquéllas en su contexto de procedencia original.*

---

UN ARRANQUE OBLIGADO: LOS “ULTRAJES DE LA FORTUNA” EN CUBA Y LA “DOBLE NATURALEZA” DE LA SOCIEDAD.

Con palabras de un *clásico* de la experiencia colonial en Cuba hemos de comenzar: “En nuestras actuales circunstancias la *revolución política* va necesariamente acompañada por la *revolución social*; y la revolución es la *ruina completa de la raza cubana*. Sin duda que los oprimidos hijos de aquel suelo tienen muchos agravios que reclamar contra la tiranía metropolitana; pero por numerosas y graves que sean, *los hombres provisosores jamás deben provocar un levantamiento que antes de mejorar nuestra condición nos hundiría en las más espantosas calamidades*. El patriotismo, el puro e ilustrado patriotismo debe consistir, en Cuba, no en desear imposibles, ni en precipitar el país en una revolución prematura, sino en *sufrir con re-*

*signación y grandeza de ánimo los ultrajes de la fortuna, procurando siempre enderezar a buena parte los destinos de nuestra patria.”*

El texto que precede, con subrayados míos, es como bien se sabe de José Antonio Saco, y pertenece a sus *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, libro fundamental publicado en París nada menos que en el año emblemático de 1848. Pocos textos a lo largo del siglo XIX, seguramente, contienen tan condensada y firme, tan múltiple y unívoca, la exposición de las contradicciones permanentes que dieron forma —peculiar y compleja— al tejido social de una colonia que seguía perteneciendo a España, más allá del derrumbe del imperio continental americano. Líneas de fuerza, las que Saco señala, que dibujan y explican, en buena proporción, la dócil permanencia de la Antilla más grande en poder de España.

Mas no fue Saco el único, ni siquiera el primero, en pensar de este modo a propósito de lo que acabaría llamándose “doble naturaleza” de la población y de la sociedad cubanas del siglo XIX. Dicho en otras palabras, él también formó parte de esa madeja densa de miedos y recelos que permitió actuar cual si una dualidad esencial, política y moral (“doble naturaleza”), emergiera inmanente del atributo étnico: una para los blancos —*naturalmente* libres—, y otra inferior, subordinada y propia de negros y de esclavos, naturaleza en fin *privada de derechos*.

El temor de la elite cubana a ofrecer ocasión, con su repulsa a España, a cualquier tipo de subversión racial que pudiera alterar las obvias jerarquías y fronteras sociales (fue largo y persistente el impacto de choque que había ofrecido Haití), se iría entrelazando, con el correr del tiempo, con otro más difuso y desazonador. Un temor oprimente, difícil de calmar con esa represión que formalmente proporcionaba España, y mucho menos fácil en el fondo de desprenderse de él.

Era el miedo a que algún día pudiera disiparse la divisoria estática entre dos tipos *naturalmente* diferentes de individuos, confundiendo sus límites los blancos y negros más allá de lo que el mestizaje permitía en la práctica; debilitándose hasta venirse abajo aquellas gruesas líneas de separación que, cruzando las clases para reforzarlas, imprimieron en las mentalidades el rechazo xenófobo al distinto color.

*R. I.*, 1998, n.º 212

Era, en fin, el comienzo de una pesadilla permanente: la idea —altamente improbable mientras duró la esclavitud, pero no impensable— de que se deshicieran por sí solas las frágiles membranas que separaban las celdas microscópicas de esa presunta naturaleza doble. Las cementaba, en tanto, la alianza estrechísima entre el prejuicio y la discriminación.

Reforzó aquella divisoria racial, sin duda alguna, la política colonial de la metrópoli durante todo el siglo XIX<sup>1</sup>, pues tomó como pretexto la sociedad esclava para no conceder a la colonia idénticos derechos civiles y políticos a los que proponía en la Península el liberalismo español. ¿Qué beneficios podrían derivarse para su porvenir —se preguntaban los artífices españoles del constitucionalismo—, si en las Antillas hacía girar su rostro, vertiginosamente, aquel Jano bifronte —*dudosamente* blanco, *profundamente* negro— que aún dormía, afortunadamente, por el momento quieto?

La constante tensión en torno a ese equilibrio se convirtió en el eje principal de la nada sencilla relación colonial sostenida entre España y la mayor de sus islas antillanas, desde mediados de los años 20. Y, con el tiempo, iba a ofrecer insospechados frutos de colaboración. La denunciada falta de capacidad para evolucionar de una España atrasada, gestora sin embargo de colonias muy ricas (denuncia propia de todo género de partidarios del librecambio, de toda especie de reformistas liberales, y hasta de los que se llamaron, al fin, “autonomistas”), no habría de concluir, contra todo pronóstico, en desastre económico global. Ni mucho menos se caería en descuido o abandono de una continuada explotación que, además, se llevaría compartida a fondo con las oligarquías coloniales, si bien mirando siempre cómo reservarse la metrópoli un beneficio superior. La colonización no era, pues, para España tan sólo religiosa o militar. Aunque en ambos aspectos empleara su fuerza.

La denunciada “tiranía” política de los españoles se reveló en seguida operativa, ni veladoramente *funcional* para tantos actores principales de aquella peripecia extraordinaria. Muchos de ellos tenían un arraigo local, eran miembros de las oligarquías coloniales que siempre se supieron —aun en su margen propio de posibilidades—

---

<sup>1</sup> Antonio ELORZA y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza, 1998.

beneficiarios copartícipes de la situación. No tanto, sin embargo, se hicieron responsables a sí mismos de una muy enredada relación.

La coacción social iría paralela, mejor aún en relación directa, a la esclavitud. Sobre su trama básica, a modo de arpillera, había ido creciendo en la espléndida Cuba un complejo andamiaje etnocultural, un amplio repertorio de grupos e intereses, diversos y cambiantes. Todos juntos daban por resultado un conflicto enquistado, siempre pendiente de la respuesta dada a las constantes peticiones de reforma hechas por los criollos y de la reacción de éstos ante el fraude reiterado a las promesas de reciprocidad. Sus elementos más desprotegidos, los negros esclavos, tardaron mucho en estar presentes en los cálculos hechos por los blancos, donde sólo muy tarde irían valorándose los costes de negarles el reconocimiento a la igualdad.

Lo que en el siglo XIX llamaron los contemporáneos la “cuestión de razas” es, ciertamente, la nervadura sociocultural de la historia de Cuba, su constante más definida y acusada, y su mayor especificidad. Para evitar el predominio demográfico de los negros —y los peligros de ese crecimiento para el reparto de poderes entre blancos, un reparto dual—, tanto las autoridades metropolitanas como los próceres locales (piel blanca en cualquier caso) irían marcando un peculiar compás de atribuciones compartidas —político y social—, tras el cual dejarían traslucir sus miedos más profundos, su pavor ante aquella violencia que podría asomar desde la masa esclava, si es que era arrebatada por una idea democrática de la libertad. Sin precisar de coartada alguna, abierta y claramente, las elites hispano-antillanas del siglo XIX (con pocas excepciones) darían cuenta en Cuba, de manera indistinta, de ese miedo constante a la “cuestión social”. Conflicto general que además era allí, inevitablemente, una “cuestión racial”.

Pero, entre tanto, la población negra de la isla, por culpa del azúcar, no podía bajar. Mientras la esclavitud estuviera vigente, poco podría hacerse en realidad. Poco valdría, para contrarrestar aquella negra masa de la población, el permanente flujo campesino desde la Península —cántabros y canarios, gallegos y asturianos—. Un rasgo estructural alternativo en la composición demográfica de Cuba, éste del componente inmigratorio español, invariable incluso durante las tres décadas siguientes a la secesión.

Aquel flujo constante de población peninsular sólo a partir de 1878, tras la Paz de Zanjón, conseguiría hallarse en relación directa

con las medidas metropolitanas en favor del fomento de la emigración, una operación política que, hasta entonces, convenía de modo ambiguo a las oligarquías, al contribuir a su intención de reforzar los instrumentos del dominio y el control social. Después incluso del 98, los hechos demográficos proseguirían pautas de continuidad con la antigua presencia metropolitana. Proliferó la normativa favorecedora de la acogida en Cuba de inmigrantes blancos —la procedencia desde España fue de nuevo, entonces, preferida: un 40 % aproximadamente del total—, tratando los gobiernos de blanquear la mezcla de colores propia de la isla. Un mestizaje visto todavía como causa lejana, origen o amenaza, de un deterioro poblacional.

#### ENFOQUES NUEVOS EN LA HISTORIOGRAFÍA.

Apunta hoy con fuerza en la historiografía, considerada en toda su extensión, un rebrote genérico cualitativista que privilegia asuntos transversales, como es sin duda éste de la “cuestión racial”. Las jerarquías sociales asociadas al color de la piel, y los tipos de conflictos derivados, reciben el refuerzo de inspiraciones varias venidas de la historia intelectual, de las ideas o del pensamiento. Las cuales les proporcionan particularismo, además de nervadura ideológica y justificación.

Entre aquéllas, se ha atendido al papel primordial del discurso jurídico y científico en cuanto a su incidencia en la norma política y en la vida social. De los dos tipos de discurso, uno es más decisivo y otro subordinado y circunstancial. Pero ambos forman parte inseparable —consciente y actuante— en las luchas político-sociales en contra o a favor de la igualdad<sup>2</sup>.

En ambientes historiográficos dinámicos, internamente permeables al devenir constante de las ciencias sociales a la par que obedientes, de modo muy directo, al contexto político y social —como es sin duda la situación en Estados Unidos—, estrategias como

---

<sup>2</sup> Pionero en la historiografía española, referido a los Estados Unidos, José Luis PESET, *Ciencia y marginación. Sobre negros, criminales y locos*, Barcelona, Crítica, 1983. Para Cuba, los textos básicos son los dos de Consuelo NARANJO OROVIO y Armando GARCÍA GONZÁLEZ, *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria en el siglo XX*, La Laguna, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996, y *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, Madrid/Aranjuez, FIM/Doce Calles, 1996.

aquella se convirtieron antes, mucho más temprano, en objetos buscados de investigación, en temáticas prioritarias frente a otras posibilidades, más clásicas y *neutras*, podríamos decir. Nacieron de este modo aplicaciones *nuevas*, inscritas en el extenso marco de la historia social. Con un estilo de análisis que, visto en su conjunto, representa algo más complejo y, mucho más difuso, que si tan sólo fuera —como a veces se ha dicho— una “nueva corriente” de la historiografía.

En general, muchos de esos esfuerzos interpretativos constituyen, de hecho, ejemplo actualizado de una antigua tradición teórico-metodológica norteamericana que hizo del interaccionismo y la fenomenología sus fuentes principales de inspiración. Un conjunto de enfoques que, si acaso son “últimos” en historiografía, no son en cambio nuevos, ni muchísimo menos, en todos cuantos campos de análisis social sirvieron en origen, particularmente el de la sociología autóctona de la costa occidental<sup>3</sup>.

De una manera u otra —tímidamente a veces—, los libros e investigaciones más recientes sobre historia de Cuba que voy a comentar, a pesar de su autoría, procedencia y objeto muy diversos, proporcionan indicios de la extensión de dicha importación metodológica. La tendencia es creciente y se halla cada vez más generalizada en contextos diversos, y aparece sin duda deliberada y combativa en las aportaciones revestidas de una ambición mayor.

Hunden lógicamente sus raíces en el sustrato hondo de la esclavitud, y se enfrentan a sus tremendas consecuencias, tanto económicas como políticas y socioculturales. La novedad consiste en que se aplican cada vez con más intensidad mecanismos analógicos y técnicas propias de la comparación (con otras situaciones paralelas, con otras realidades no sincrónicas quizá).

Del conjunto de investigaciones que más se inclinan en esa dirección, resultaría reforzada una visión *interrelacional e interactiva*

---

<sup>3</sup> Perspectiva de análisis que es toda una estrategia comprensiva de investigación. Viene de lejos en las ciencias sociales anglosajonas y, tras el deterioro del cuantitativismo cientifista y del objetivismo filosófico, se ha visto renovada y revalorizada. Instrumentalmente, opera desde la sociología y la antropología hasta verse incardinada en la historia. Sobre ello, en general, he escrito en *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995.

Muestras de aplicación empírica sobre el caso cubano, en Rebecca SCOTT, Thomas HOLT, Hebe María MATTOS y Ada FERRER, Dossier “Raza y racismo”: *Historia social*, núm. 22, Valencia, Instituto de Historia Social, 1995/II, pp. 56-150.

de la historia social cubana del siglo XIX (ya se inscriban o no de manera adecuada, dichos estudios, en el marco teórico que se ha autodenominado *poscolonial*). Una pintura al fresco minuciosa, en cualquier circunstancia, en la que se atribuye a las oligarquías de arraigo colonial una mayor participación activa de aquella otra que, por lo general, venía atribuyéndoles la historiografía.

Ello no significa exonerar de responsabilidad o de dureza las actuaciones que corresponden al poder central —el cual sigue saliendo, por fuerza, malparado—. Ni tan siquiera alisar las aristas del poder colonial. Sino tan solo devolver actores que fueron principales en su día, al lugar que ocuparon en lo que se concibe como un proceso abierto, como una renegociación social constante y sin fijeza, como elección abierta... (Pero condicionada —en cada paso, en cada gesto, en cada actuación— por un conjunto limitado de posibilidades en el que nada viene dado de antemano, en el que todo es concreta y permanentemente decidido durante el curso mismo de la acción).

Tan extendida estaba la conciencia de superioridad entre los criollos blancos, tan decidida era su voluntad constante de mantener el propio predominio (político, social y cultural), que nada ha de extrañar el frecuente recurso de los gobiernos de la primeras décadas del XX, en la Cuba ya libre del poder español, a la justificación, a través de las leyes, de la segregación, fractura abierta amparada a su vez en el discurso propio de las ciencias sociales y biológicas en elaboración. Un discurso que, pese a su rudeza, se fue erigiendo en basamento único de cuantas disciplinas irían encontrando su formulación, la forma propia (*nacional y cubana*) de su particular estatuto científico-social.

Queda muy lejos, ya, de este tipo de análisis histórico aquel enfoque, más tradicional, que pretendía agotar (sin ser posible aún, en lo que se refiere al menos a los documentos) el recorrido de la experiencia histórica que dejaría paso, finalmente, a la abolición del régimen esclavo en las Antillas<sup>4</sup>. Ya en torno a 1986 —coincidiendo con

---

<sup>4</sup> Textos recientes, en esta perspectiva amplia, de Jacqueline PHILIP, *L'esclavage à Cuba au XIXe. siècle, d'après les documents de l'Archivo Histórico Nacional de Madrid*, París, L'Harmattan, 1995, o de Manuel LUCENA SALMORAL, *Los códigos negros de la América española*, Alcalá de Henares, Ediciones de la UNESCO/Universidad de Alcalá, 1996. Desde la historia económica, Pablo TORNERO, *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1996.

el centenario de la muy demorada abolición—, tuvo cabida en nuestra historiografía la atención al respecto<sup>5</sup>. Puede opinarse sin embargo que, entre su afán coyuntural y su apretada materialización, nuestro conocimiento del asunto no superara entonces la fragmentariedad, la insuficiencia incluso. Muchas de las aportaciones estuvieron sin duda en un menor nivel que otros estudios hechos en contextos más sólidos y, al tiempo, ágiles de investigación<sup>6</sup>. Una década sólo después de aquello puede opinarse, en cambio, que la calidad media y el horizonte general de los estudios realizados desde entonces soporta dignamente la comparación<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Bien sobre las circunstancias político-internacionales que rodearon a la trata negra y su prohibición (Julia MORENO), sobre aspectos legales (Concepción NAVARRO), sobre la situación de los emancipados antes de 1870 (Inés ROLDÁN) o sobre el abolicionismo como vertebrador ideológico (J.M. FRADERA, L. LÓPEZ OCÓN, A. HERNÁNDEZ o B. POZUELO), pueden hallarse muestras de aquel momento en Francisco DE SOLANO y Agustín GUIMERÁ, (eds.), *Esclavitud y derechos humanos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990.

<sup>6</sup> Obra clave es la de Rebecca J. SCOTT, *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*, New Jersey, Princeton University Press, 1985), conocida aquí sobre todo tras su edición en español (México, FCE, 1989). No menos decisivo es el trabajo extenso de Paul ESTRADÉ, *La colonia cubana de París (1895-1898)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986 y *José Martí (1853-1895) ou des fondements de la démocratie en Amérique Latine*, Paris, Editions Caribéennes, 1987, o el de Josef OPATRNY, *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Praga, Universidad Carolina, 1986 (hay versión en inglés actualizada, *Historical Preconditions of the Origin of the Cuban Nation*, Lampeter, Edwin Mellen Press, 1994).

Sobre cruces, escuelas e interacciones, Josef OPATRNY, (ed.), *Cuba. Algunos problemas de su historia*, Praga, Universidad Carolina de Praga, 1995 (*Supplementum* n. 7 de *Iberoamericana Pragensia*). Véase allí, del propio Opatrný, “Algunos apuntes sobre los estudios de la historia de Cuba en Europa en los años 90”, pp. 5-18 y C. Naranjo, “La historia social de Cuba en el siglo XIX, una disciplina por estudiar”, pp. 19-28; el primero se refiere al panorama general, la segunda especialmente a la historiografía hecha en Cuba. También, Elena HERNANDEZ SANDOICA, “Cuba en el periodo intersecular: continuidad y cambio”, en *Lateinamerika-Studien*, Erlangen-Nuremberg (en prensa).

<sup>7</sup> En muchos de aquellos estudios se echaba de ver, por ejemplo, la falta de familiaridad aún con la obra de SCOTT, pero también con la de A.F. CORWIN, D.R. MURRAY, Barbara L. SOLOW y Stanley ENGERMAN o Louis A. PÉREZ, por citar unos cuantos casos de excelencia. El muy importante libro de Robert L. PAQUETTE, *Sugar is Made with Blood. The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba* (Middletown, Wesleyan University Press), es algo posterior, de 1988.

Como exponente de una nueva historiografía social española sobre Cuba hay que mencionar al catalán Joan CASANOVAS, “Slavery, the Labour Movement and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1890”, *International Review of Social History*, 41, 1996. Del mismo autor, “The Cuban Labor Movement of the 1860s and Spain's Search for a New Colonial Policy”, *Cuban Studies* n.º 25, 1995 pp. 83-99 y “Movimiento obrero y lucha anticolonial



No han sido sin embargo, con ciertas excepciones, cuestiones conectadas con el debate historiográfico internacional las elegidas predominantemente por los historiadores españoles. Y ya sea renovada o no, la atención a la historia política ha ido a reclamar en ese punto, como en otros espacios, su tributo reciente. Lo ha hecho en paralelo a una muy importante floración de estudios muy diversos a propósito de la emigración, la demografía histórica y los grupos de presión; perspectiva compleja que, nacida prácticamente de la nada en los años setenta se confirma del todo, mirada en su conjunto, en esta década de los noventa en la que aún nos hallamos. Habrá no obstante que esperar todavía para ver la influencia real de este tipo de estudios sobre aquellos primeros, para ver si es que por fin se resitúa el análisis político y metropolitano de carácter central en su dinámica específica y propia —tanto peninsular como antillana—, de carácter local y regional<sup>8</sup>.

Tan solo hace diez años, parecía imposible que el ámbito de los estudios referidos a Cuba, escritos desde España, habría de convertirse en un tema mayor<sup>9</sup>. Y aunque felizmente esto ha sido así, hay que advertir que no se han emprendido todavía las síntesis que permitan dar cuenta, a un público más amplio que el procedente del más estricto americanismo, de los avances producidos en los últimos años en la investigación<sup>10</sup>.

---

en Cuba después de la abolición de la esclavitud”, *Boletín Americanista*, 45, 1995, pp. 23-41, así como el artículo citado en nota 13.

<sup>8</sup> Intenté la combinación con factores socioculturales en “Ciencia, educación y política en Cuba (siglo XIX). Posibilidades y limitaciones del sistema educativo superior”, en J.L. PESET (coord.), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, III Ts. Madrid, CSIC, 1989, I, pp.423-441, y “La Universidad de La Habana 1728-1898. Implantación colonial, estatus científico y nacionalismo bajo el dominio colonial español”, *Historia de la Educación*, 11, enero-diciembre 1992, pp.73-89.

<sup>9</sup> Importantes son los textos colectivos editados por Consuelo NARANJO y colaboradores del CSIC, a lo largo de los cinco últimos años, así como los propiciados por Moisés LLODÉN y Jorge URÍA, en la Universidad de Oviedo. También atendía al acercamiento entre historiografías —española y cubana— el número 44/47 de la revista *Estudios de Historia Social*, 1988, dirigida por Antonio ELORZA.

<sup>10</sup> Ello supone que textos básicos de historia española del siglo XIX, realizados por “contemporaneístas”, siguen sin incorporar los resultados de una investigación que acaso consideran “sectorial” o, más aún quizá, de alcance regional.

R. I., 1998, n.º 212

## REVOLUCIÓN POLÍTICA, REVOLUCIÓN SOCIAL: HACIA LA FORJA DE LA NACIÓN CUBANA.

Pero no toda la dinámica cubana que arranca y se deriva de la esclavitud se agotaría, es claro, en esta dirección historiográfica. Los diversos análisis recientes —artículos y libros— que han inspirado estos apuntes míos a propósito de la reciente “cubanología” que se imprime en España, resultan ser muestrario indiscutible del catálogo extenso de posibilidades abiertas al análisis social por un tema mayor —como es la esclavitud—, de inusual alcance y larga trascendencia. Alcance y trascendencia que son también *políticos*, inevitablemente.

Parte de aquellas posibilidades se organizan incipientemente en torno a la respuesta concreta y específica de los afrocubanos, subordinada en fin ante la dilatada, la larga y costosísima andadura que emprendieron en Cuba aquellos patriotas que fueron a la busca de un Estado propio: la independencia, pues, y el papel específico de negros y cubanos en la compleja forja del Estado nacional. La respuesta y la acción del colectivo de color se integra siempre así en un contexto variable (“histórico”), marco obligado de ciertas condiciones de posibilidad que variará, oscilante, a medida que lo hagan a su vez el tiempo y los actores principales.

La trayectoria estará, pues, dominada en sus líneas maestras por los blancos. Pero en su discurrir, cuidadosamente, se introduce la acción ejercitada por negros y mulatos. Ambos verían desde el 68 —si no antes incluso— cómo se inmiscuían de continuo sus vidas y destinos en la compleja peripecia colectiva, nada lineal, de dar vida a la *patria*.

Esta posición básica, predominante ya entre muchos autores —y no ajena de hecho a otras posturas de la historiografía que se ha venido realizando en Cuba, si bien con conclusiones no siempre coincidentes y, obviamente, con distinto método—, resulta ser producto de entrelazadas influencias de muy distinto origen. Todas esa producción se ofrece sustentada en un alza constante de la empiria y las fuentes consultadas. Ha sido, en fin, un hecho destacado el que historiografías alejadas hayan tendido a converger en los últimos tiempos —con la historia de Cuba como eje y ocasión—, de una manera nunca vista antes. Lo han hecho desde luego la cubana y la española —en sus varias fracciones—, y algo ha llegado incluso la norteamericana hasta aquí, sin que haya que olvidar, en modo alguno, otros esfuerzos (franceses, alemanes o checos, predominantemente) que han

venido a servir de enlace, en términos extensos, a esta lectura en curso sobre *la nación*. Será de esta manera *La Nación Soñada* —inmediato producto del esfuerzo de movilización de C. Naranjo— el corpus de investigaciones y de ensayos históricos en que, por el momento, se ofrecerá al lector una muestra más variada y abundante de algunas de las líneas principales en esa dirección<sup>11</sup>.

Ciertos trabajos abordan “lo político” de modo pluriforme e intercelular, como viene a ser propio de interpretaciones antropológicas de más o menos claro soporte foucaultiano. Aparecen así en un primer plano aspectos que podríamos tildar de *morales y éticos*, *científico-ideológicos* o, más ambiguamente, *socioculturales*. Elementos formalizados por el historiador a través de los textos empleados como fuentes: declaraciones que pueden ser de índole propagandística, por ejemplo, o que adoptan quizá formas propias de la literatura legal. (Aquella que rige y ordena la emigración se evidencia, en cuanto a xenofobia y a racismo, exacta y transparente).

De una manera u otra, tales propuestas de lectura crítica envían de nuevo la investigación hacia maneras nuevas de entender *esclavitud* y *racismo*, mostrando la constancia de sus interferencias en el contexto propio de la Cuba del siglo en que vivimos. No en vano habían sido esas dos realidades aplastantes, con su profundo impacto, rasgo presente y vivo de la vida política y social que había regido en Cuba mientras duró el dominio de los españoles.

#### LA CLASE Y LA RAZA.

Cierto tipo de enfoques —como aquellos en torno al matrimonio y el veto interracial puestos sobre el tapete, hace años, por Verena Stolcke— no han alcanzado gran continuidad<sup>12</sup>. Mas se han abierto, en tanto, otras perspectivas, menos teóricas y menos militantes quizá. Naranjo Orovio y García González dan fe de ello en dos libros recientes. En el más amplio de los dos, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, pasan revista a la relación entre política de

<sup>11</sup> Consuelo NARANJO, Miguel Angel PUIG SAMPER y Luis Miguel GARCIA MORA, (eds.) *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Aranjuez, Doce Calles, 1996.

<sup>12</sup> Verena STOLCKE, *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid, Alianza Editorial, 1992 (original en inglés de 1974).

colonización y perfiles de la cuestión racial, a lo largo del siglo. El racismo se sitúa en el centro de la percepción blanca mayoritaria de cuál habría de ser la nacionalidad. Las corrientes científicas evolucionistas, en el último tercio del siglo XIX, no harían otra cosa que legitimar sus argumentos y, con ello, profundizar la conflictividad. En *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria en el siglo XX*, éste de lo que llaman los autores “ideología” científica constituye el objeto central<sup>12</sup>.

Disquisiciones y recomendaciones eugenésicas —ya abierto el siglo XX—, tratarían desesperadamente de aportar las razones “científicas” que fueron esgrimidas por los que más temieron que se consolidara la recurrente voluntad sincrética con que, de vez en cuando, parecía ponerse en entredicho, en Cuba, la jerarquía social.

Conviene no olvidar, en cualquier caso, que tales actuaciones científico-legales vendrán a combinarse con ciertas circunstancias, precisas y concretas, de conflicto social. En las décadas inmediatamente posteriores a la independencia, fue persistente el sentimiento anticolonial que, aun siendo residual o “subsidiario” —histórico producto, finalmente, de la larga experiencia de combate contra los españoles—, toma el aspecto externo de una coalición interracial, de inequívoco aliento democrático. Asentado sobre canales previos a la independencia —los que abrió previamente el reformismo colonial de los años 80 del siglo XIX, destinado a reforzar el lazo colonial—, un poderoso movimiento obrero, ligado especialmente al azúcar y al tabaco, vendría a tomar forma, con creciente presencia —incluso como líderes y cuadros— de negros y mulatos<sup>13</sup>.

Puede decirse, entonces, sin miedo a equivocarse, que en su conjunto extenso, la raza va ganando posiciones en la retina del historiador. Sin que ello signifique que ha dejado de atenderse del todo a la clase. La posición es clara en aquellos estudios traducidos desde su original factura norteamericana, y que —como ya antes indiqué— deben su inspiración al interaccionismo en cualquiera de sus formas, muy posiblemente.

Por eso insisten en la idea fundamental de que lo que llamamos “raza” es, antes que ninguna otra cosa, una *construcción social*, inseparable de la *experiencia vivida* por sus actores, algo imposible de

---

<sup>13</sup> Joan CASANOVAS CODINA, “El asociacionismo burgués y proletario en Cuba de los años 1870 a inicios de los 1880”, en J. OPATRYNY, (ed.) [6], 1995, pp. 97-115.

comprender y de explicar si no es dentro de su particular contexto, perpetuamente en *cambio*, en continua elaboración y renegociación<sup>14</sup>. La intención general de los textos de diversa autoría recopilados por Rebecca Scott para el número 22 de *Historia Social* apunta a desmontar el presunto carácter “natural” (“inevitable” entonces) de la trayectoria racial estadounidense. (La comparación se establece entre Cuba y la Luisiana). Y se orienta además a argumentar que nunca hay, de hecho, “una pauta única de 'relaciones raciales' que caracterice a un lugar concreto” (p. 57).

En la base política de una ciudadanía en construcción —como fue la cubana durante casi un siglo—, cada caso particular se abre así como un mundo de posibilidades variadas, ceñidas solamente por la manera histórica, específica, de intentar imponer o transgredir (ello depende de la posición) las 'líneas de color'. Para la apreciación acertada de los casos *históricos*, se impone prescindir del inflexible instrumental anejo a los modelos y conceptos que resisten, inmóviles, ante la evidencia: “El racismo —se insiste— no es una simple herencia de la esclavitud o del colonialismo, una serie de actitudes inherentes a la cultura dominante”<sup>15</sup>.

Es ésta, al parecer, una manera de someter a prueba tentativamente algunos densos tópicos del acervo historiográfico general. Y, aunque no es éste el más deteriorado, sufre también alteración el útil *mito* de la integración multirracial de los cubanos a lo largo de las guerras por la independencia (una tesis que en Jorge Ibarra halla,

---

<sup>14</sup> Además del dossier publicado en el número 22 de la revista *Historia Social* (1995/II), donde Ada FERRER escribe sobre “Esclavitud, ciudadanía y los límites de la nacionalidad cubana: la guerra de los diez años, 1868-1878”, pp. 101-125 y Rebecca SCOTT —que además introduce al lector en el conjunto de trabajos recopilados y su significación general— aplica la perspectiva comparada en “Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba, 1865-1912”, pp. 127-149. Véase de la misma SCOTT “‘The Lower Class of Whites’ and ‘The Negro Element’. Race, Social Identity, and Politics in Central Cuba, 1899-1909”, en C. NARANJO, M.A. PUIG-SAMPER y L.M. GARCÍA [11], pp. 179-191.

<sup>15</sup> Por el contrario, y debido a las imprescindibles y constantes “interacciones entre individuos y grupos”, incluye ese racismo, en cualquier caso, “prácticas que son producidas, discutidas y valoradas de múltiples formas y que tienen múltiples efectos”. La ya aludida construcción social de los conceptos de 'raza' y de 'racismo' —contra lo establecido por el discurso estándar de las ciencias sociales, hace un par de décadas—, vendría a ser así un punto de partida metodológico, siempre pendiente de comprobación por el ejemplo empírico. Y nunca —se afirma esto terminantemente— un punto de llegada tras el recorrido, algo que se derive fácilmente de la hipótesis previa de la investigación.

muy posiblemente, su mejor exponente cubano actual). El compacto conglomerado étnico que sustenta la guerra del 68 contra los españoles —afianzado con el tiempo sin cambiar de dirección—, sin quedar desmentido por este otro enfoque, es un lugar común sobre el que Ada Ferrer —una de las autoras del dossier mencionado— aplica correctivos e introduce la quiebra. Lo hace con otros textos, otros documentos, mostrando alguno de los puntos más oscuros en esa nebulosa del mito nacional.

Desde luego que la dominante interracial seguiría existiendo en el discurso y en las necesidades de la práctica previa a la independencia —reconoce Ferrer—. Pero también aparecen visibles las limitaciones del proyecto político de la elite blanca favorable a esa misma independencia: si los dirigentes de la insurrección seguían esperando de sus seguidores —a manera de esclavos— la obediencia más ciega, a cambio de la promesa de una emancipación gradual y moderada, lo cierto es que los de color pasaron muchas veces, en esa misma lucha, a ejercitar un espontáneo mecanismo de adquisición estricta de la libertad y autonomía propias —menos “político” en términos usuales, más urgidamente “personal”—. La lucha misma ofrecía a los negros ocasiones: “Parece ser que la forma más usual de defender esa nueva movilidad e independencia era huir de los puestos que se les había encomendado” (p. 117).

#### REGRESO EXTENSO DE LA HISTORIA POLÍTICA E INTRODUCCIÓN DE LA PRIVACIDAD.

Imposible negar, llegados a este punto, la función poderosa del discurso político, incluso en su elusión o camuflaje. La fuerza persuasiva de las palabras promisorias de la libertad se reconoce, pues: la *guerra larga* habría servido para forjar de modo irreversible el vocabulario político (democrático y anticolonial, interclasista e interracial) de la nacionalidad y la ciudadanía cubanas emergentes. Ésa fue la conquista. A pesar de sus oscilaciones y las limitaciones en su ejecución, ahí estaría, para siempre ya.

Rechazado definitivamente el dominio español, tras el 98, la dureza racista de la influencia norteamericana se dejará sentir en la legislación. Habría de hacerlo en relación directa a la reacción de las oligarquías frente a un potente movimiento obrero, en el que con-

fluía una parte importante de las energías no-blancas de movilización. Las mismas energías que fueron liberadas a lo largo de la trayectoria —anticolonial y antiespañola— de la emancipación. Ese ángulo doble es, precisamente, uno de los puntales básicos de Scott.

Otro tipo de enfoque se encontrará en la obra de la suizo-norteamericana Aline Helg. En *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912* —un libro espléndido aún sin traducir—, reconstruye la historia del Partido Independiente de Color<sup>16</sup>. Una formación propia del sistema peculiar cubano de relaciones raciales, que se fijó durante el siglo XIX y mantuvo sus constantes más acá. Al igual que las otras dos historiadoras estadounidenses hasta aquí mencionadas —Ferrer, Scott—, la perspectiva de A. Helg queda siempre trazada desde el punto de arranque norteamericano y otras valoraciones anteriores —como era la de Klein— según las cuales la esclavitud, en su distinta vía de descomposición, habría resultado menos drástica en Cuba, menos opresiva. Considerando la trayectoria interracial inaugurada en Cuba como evidentemente positiva, no elude sin embargo Helg imputaciones negativas (debidas a la clase y a la raza) en la dinámica política y social de la nación cubana, madura y conseguida. Un tejido incapaz de librarse, finalmente, de un racismo persistente también.

Las bases del análisis de Helg son las siguientes: El Partido Independiente de Color, fundado en 1908, luchó por la igualdad —política y social— prometida a la gente de color en la guerra contra los españoles. La homologación no fue fácil, sin embargo. Sí se otorgó, tras la masiva movilización de negros y mulatos, el sufragio masculino (por cuya captación se enfrentarían a la vez los dos partidos básicos). Pero no la representación proporcional (un tercio) en la administración pública y servicios del Estado que era reclamada. En cualquier caso, la amenaza entrañada por la apertura posible de una estructura política a tres bandas, llevó primero a ilegalizar el partido y, después, a su violento aplastamiento a manos del Ejército (la Guardia Rural). En 1912, por esta vía violenta, el experimento democrático e

---

<sup>16</sup> Aline HELG, *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill & Londres, University of North Carolina Press, 1995, y “Afro-Cuban Protest: The Partido Independiente de Color, 1908-1912”, *Cuban Studies*, 21, 1991, pp. 101-121. También, Louis A. PÉREZ, Jr. “Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered”, *Hispanic American Historical Review*, 66/3, 1986, pp. 509-539 y R. Feroselle, *Política y color en Cuba. La guerrilla de 1912*, Montevideo, 1974.

interracial en Cuba había terminado. El forzoso impedimento a su formalización política no agotaría del todo otras formas diversas (asociativas, sindicales) de organización, pero la fuerte represión en torno al movimiento —y la desmovilización sobrevenida— habría de invalidar cualquier retórica posible de igualdad de oportunidades en esa sociedad concreta, la cubana después del 98. Luchando desde dentro del movimiento obrero, donde iba a ser tan fuerte la creciente importancia de los españoles emigrados —muchos de ellos anarquistas—, el movimiento negro quedaba invalidado en su especificidad.

En torno a las conclusiones de este estudio —y a su conflicto con otras interpretaciones discrepantes—, pretendo terminar por el momento el balance historiográfico a propósito de Cuba realizado hasta aquí.

La cantidad y calidad de las oportunidades de inserción en la vida política de Cuba (“movilización”) es, sin embargo, el punto en que viene discrepando abiertamente de esta autora el cubano-norteamericano Alejandro de la Fuente<sup>17</sup>. Basándose en los índices de alfabetización y acceso al mercado de trabajo de los no-blancos, en el primer tercio del XX, apunta de la Fuente resultados mucho más optimistas en cuanto al margen de inserción social y las cuotas de espacio conseguidas por ellos: “La matanza de 1912 eliminó físicamente a miles de negros; lo que no logró liquidar fue la relevancia del factor racial en el escenario político cubano. La población negra de Cuba tuvo de esa forma la oportunidad de renegociar los términos de su participación en la vida nacional, y de forzar a las fuerzas políticas dominantes a tener en cuenta sus intereses y demandas. Y el progreso logrado en áreas como la alfabetización y el acceso al mercado de trabajo sugiere que esa oportunidad fue aprovechada.” (p. 177).

La polémica —que se asienta sobre líneas antiguas de la discusión histórico-política sobre Cuba hecha desde Estados Unidos— sólo recientemente se ha percibido aquí, entre nosotros, de manera tangente además. Sin embargo merecerá la pena trasladar sus vectores lo más rápidamente, a nuestro suelo, para estudiar la coyuntura *pos-98*. Sólo resta advertir que los datos y fuentes que, en cada caso,

---

<sup>17</sup> A. DE LA FUENTE, “Negros y electores: desigualdad y políticas raciales en Cuba, 1900-1930”, en C. NARANJO, M.A. PUIG-SAMPER y L.M. GARCÍA MORA [11], pp. 163-177, dió origen con su artículo a esa importación de la polémica. Para ver su contexto específico —y muy amplio—, es útil el artículo, del mismo autor, “Race and Inequality in Cuba, 1899-1981”, *Journal of Contemporary History*, Londres, vol. 30, 1995, pp. 131-168.



son empleados en la argumentación no parecen del todo independientes del tipo de conclusiones obtenidas. Y que cualquiera de sus formas concretas ha sido defendida, con la misma firmeza, hasta aquí.

---

*Studies on Cuban History in the 19th Century have developed widely in Spain in the last ten years, particularly in the field of Economic —less in Social— History. The perspectives and approaches applied, as well as the objects of study have widened and evolved into an open and varied panorama. By focusing on some of the most interesting titles and novelties, the author of this critical review evaluates the latest tendencies and discusses their insertion both in their original context and in the current Spanish historiography.*

---